

biblioteca pública de Venecia no contenía un ejemplar de las grandes ediciones Aldus de los clásicos griegos. Siento dejar, supongo que por siempre, esta ciudad fascinadora. Ahora puedo usar á menudo las palabras «por siempre», cuando me separo de algo.»

Sus sobrinas le habían recomendado que recogiese pormenores sobre la tumba de Julieta; y, en su consecuencia, las escribe desde Verona manifestándolas su placer de verse en una ciudad de tan incomparable riqueza de bellezas y recuerdos. «Hay un anfiteatro, que quizá frecuentó Plinio; grandes y antiguos palacios y torres, obra de príncipes contemporáneos de nuestro Eduardo I, y muy encantadora y airosa arquitectura del tiempo de Miguel Angel y Rafael; y todo esto en un espacio no mayor que Belgrave Square.»

Durante sus viajes por el continente Macaulay siempre se imponía la tarea de leer la literatura del país. Empezó su excursión italiana con las Cartas de Cicerón (1), y la terminó con *I Promessi Sposi*. Acabé la novela de Manzoni, no sin derramar muchas lágrimas. La escena entre el arzobispo y D. Abbondio es de lo más elevado que conozco. La escena de despedida entre los novios y el Padre Cristóforo es muy conmovedora. Si la Iglesia de Roma fuese realmente como Manzoni la pinta, me darían tentaciones de seguir el ejemplo de Newman.

Al año siguiente, atravesando Francia con dirección á las ciudades del Rhin y del Mosela, compró en

(1) He estado leyendo—dice—esas cartas de Cicerón que fueron escritas después de haber tomado César las armas. ¡Qué materiales para la historia! ¡Qué pintura de un espíritu que bien merece ser estudiado! Nunca me interesó más ninguna novela. A pesar de lo mucho que las he leído, parece nueva cada frase.

el camino el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Me asombré—dice—de lo poquísimo que el libro vale, en fondo y forma. Puede que el lenguaje sea bello en lo que toca á la simple elección y ordenación de las palabras. Pero en los atractivos superiores del estilo, en los que afectan á extranjeros lo mismo que á nacionales—esos atractivos que nos deleitan en Platón, en Demóstenes y en Pascal—se nota una deficiencia deplorable. En cuando al fondo, está por bajo de toda crítica. Sin embargo, he oído á hombres, que valen diez veces más que Chateaubriand, hablar de él como del primero de los escritores franceses. Era simplemente un gran embaucador (*humbug*).

El último de Febrero de 1856 escribe Macaulay en su Diario: Vino Logman. Hay que reimprimir. Es portentoso. ¡Veintiséis mil quinientos ejemplares vendidos en diez semanas! No me asombraría de ganar este año con la literatura veinte mil libras. Ya es algo, si se considera que hace veinte años no tenía absolutamente nada después de pagar mis deudas, y que todo lo que poseo, con excepción de una pequeña parte legada por mi tío el general, me lo he ganado yo, y ganado fácil y honradamente, mediante trabajos que eran un placer para mí, y sin que nadie haya podido decir que yo no era desprendido en cuestiones pecuniarias.

7 de Marzo.—Longman trajo una noticia muy agradable. El y sus socios juzgan que están sobrados de dinero, y creen que no pueden invertirle mejor que anticipándome parte de lo que me deberán en Diciembre. Convinimos en que la semana que viene pagarían veinte mil libras en la casa William. ¡Qué suma para ganada con una edición de un libro! Puedo decir ganada en un día! Pero ese fué el día de la cosecha.

La obra había estado entre manos hacía cerca de siete años. Fui á Westbourne Terrace, y pasé allí una hora riendo y haciendo reír. Todos están muy contentos. Tienen tanta razón para estarlo como yo, que me alegro por ellos más que por mí, aunque celebros poder vivir holgadamente mis últimos años. Holgadamente, no obstante, hubiese vivido con una sexta parte de la renta que tendré ahora.

El cheque se conserva como una curiosidad en los archivos de la casa Logman. El negocio — dice Macaulay — no tiene precedentes en la historia del comercio de libros. Hoy fui á la City á dar instrucciones, y recibí cordiales enhorabuenas por ser un hombre acaudalado. Dije que tenía intenciones de ir á ofrecerme al Canciller de Exchequer para el próximo empréstito.

Macaulay era gran favorito de sus banqueros. Con Mr. Enrique Thornton, su antiguo amigo de colegio y entonces asociado á la casa Williams y Deacon, pasó más de una hora agradable en la sala trasera de Birch Lane. «Tenía un juicio tan certero en negocios de la City como no lo vi nunca — decía Mr. Thornton. — Podíais seguirle á ciegas.» «Tengo una gran aptitud para las cuestiones económicas — escribe mi tío en su Diario — aunque pocos lo sospecharían. Me complazco en hacer de cabeza largas operaciones aritméticas. Cuando era secretario de Guerra, solía hallar distracción en los presupuestos del ejército. Generalmente hacía mis cálculos sin libro, excepto cuando había que llegar hasta los peniques.»

Macaulay arregló sus asuntos de modo que su manejo era para él un pasatiempo más que una fuente de enojo y de preocupaciones. Sus máximas económicas no podían ser más sencillas: tratar las ganancias ofi-

ciales y literarias como capital y pagar todas las cuentas á las veinticuatro horas. «Creo — dice — que el pago pronto es un deber moral, sabiendo como sé lo que cuesta un aplazamiento en tales cosas.» Como otros hombres que tienen más dinero que tiempo, su único libro de cuentas era el que su banquero llevaba por él; y para facilitarse á sí mismo su balance anual, condensaba en un par de estrofas una lista de sus gastos principales.

Macaulay gastaba regiamente su fortuna, si gastar regiamente es gastar en otros más que en uno mismo. Desde que empezó á disponer de dinero, casi todas las páginas de su Diario contienen pruebas de su inagotable generosidad.

Mrs. X... recurrió á mí, como decía, y como creo, sin conocimiento de su marido, para ayudarle en su profesión. Es eclesiástico, un buen eclesiástico, pero demasiado puritano para mi gusto. No pude prometer pedir favores al gobierno; pero le mandé veinticinco libras para ayudarle á sostener las hijas huérfanas de su hermano. Pienso pasarle la misma suma anualmente.» «Me he visto obligado á negar todo nuevo auxilio á Mrs. Y..., que ha recibido treinta y cinco libras en el curso de dos meses, y cuyas peticiones menudean más cada vez. Supongo que se resentirá amargamente por mi negativa. No he sacado otra cosa de hacer beneficios á nadie, salvo á mis más próximos parientes y amigos.» «Vino H... Le di tres guineas para su suscripción á la biblioteca. Poco dinero doy con tanta satisfacción. Por tres guineas al año libro á un joven muy bueno é inteligente de mucho mal y le hago mucho bien.» «Supongo — escribe á una de sus hermanas — que dirías á Mrs. Z... que no estaba incomodado con ella, porque hoy recibo carta suya pidiéndome dinero con

súplicas vehementes, y diciendo que, si soy insensible, su marido irá á la cárcel. La he mandado veinte libras—elevándose lo que ha recibido de mí, en pocos meses, á ciento treinta libras.—Pero la he dicho que su marido debe sufrir las consecuencias de sus actos, y que ella no debe esperar más ayuda de mí. Esa importunidad me ha excitado no poco». A la verdad, el tono en que algunas de esas personas acostumbraban á dirigirse á él, contrasta de una manera chocante con el respeto que el público en general le tributaba. «Ese desdichado K...—escribe—me ha mandado una carta injuriosa de petición en su estilo habitual. Afirma saber que he ganado treinta mil libras maltratando á buenas personas. ¿No le enviaré á él algo de eso?»

Haber escrito ó pretender haber escrito un libro, bueno ó malo, era el camino más breve y seguro para llegar al bolsillo de Macaulay. «He enviado algún dinero á Miss \*\*\*, una escritora adocenada, á quien ya socorrí hace algún tiempo. Ultimamente he dado demasiado de prisa: cuarenta libras en cuatro ó cinco días. Tengo que acortar un poco.» «Otra vez. Mrs. \*\*\* pidiendo y suplicando.» «Es la última vez; una ejecución, etc., etc.» La enviaré cinco libras más. Esto hará cincuenta libras en pocos meses á una mala escritora á quien no he visto nunca.» «He recibido—escribe á Mr. Longman—una carta algo rara de una mujer que se dice esposa de Mr. D..., la autora de..., y fechada en Greenwich. Ahora bien: he recibido ya una ó dos veces cartas semejantes, que después resultaron ser falsificaciones. Envié diez libras á una supuesta María Howitt, que se quejaba de que una desgracia imprevista había reducido á la pobreza, y no puedo menos de sospechar habérmelas ahora con una supuesta Mrs. D... Con todo, si la autora de... se halla

apurada realmente, me alegraría de ayudarla, aunque no soy admirador de su poesía. ¿Puede usted averiguar si realmente vive en Greenwich? Si es así, la enviaré unas cuantas libras. Si no, pondré á la política en movimiento.» El reverendo Mr. Federico Arnold refiere el caso de un caballero alemán, marido de una señora distinguida en la literatura, que había descendido de la abundancia á una inesperada pobreza. Recurrió á Macaulay, y, en vez de la guinea que se atrevió á esperar, se encontró inmediatamente con treinta libras. Durante el último año de la vida de mi tío fui á Holly Lodge para despedirme de él antes de volver á la Universidad. Me dijo que aquella misma mañana se le había presentado un sujeto con el nombre de un *fellow* de Cambridge, de cierto viso, aunque no mucho, en el mundo de las letras. Ese caballero (pues tal parecía) afirmaba hallarse en un apuro, y pidió auxilio pecuniario. Macaulay le dió cien libras. No bien había traspuesto los umbrales la visita, mi tío empezó á reflexionar que jamás había visto antes á semejante persona. En su consecuencia, me pidió que, tan pronto como volviese á Cambridge, hiciese averiguaciones con la mayor delicadeza posible, á fin de quedar él satisfecho de que, al querer aliviar las necesidades de un colega, no había recompensado la audacia de un caballero de industria.

Si así era con personas desconocidas, ya se comprende si acogería bien toda apelación á su liberalidad de quien tuviese algún derecho. Era generoso en su proceder con todos, grandes y pequeños. Por dondequiera que iba, para usar su propia expresión, procuraba que fuese bien recibido el hijo de su madre. Su servidumbre le adoraba de veras, y con razón sobrada, porque el mismo sir Walter Scot no fué un

amo más bueno. Con placer se sometía habitualmente á esos pequeños sacrificios con que un hombre generoso puede hacer tanto por asegurar el bienestar y granjearse el afecto de los que le rodean: ya saliendo, hiciera el tiempo que quisiese, á su comida semanal del club, para dejar á sus criados la noche del domingo; ya haciendo arreglos que les permitiesen disfrutar y prolongar sus días de asueto, ó consintiéndoles, si lo preferían, tener á sus parientes en la casa durante un mes seguido. «Hoy—dice—se fueron Guillermo é Isabel á buscar al padre de Guillermo. Estando escribiendo, llegan los viajeros; el viejo con un bastón. ¡Bien! Es bueno dar gusto y demostrar simpatía. No hay vanidad en decir que soy un buen amo.»

Sería superfluo insistir en la conducta de Macaulay hacia aquellos con quienes estaba unido por los lazos de la sangre y por los recuerdos de los primeros días no exentos de pobreza y de pena. Baste decir que se miraba como el jefe de la familia, como el obligado á velar hablando claramente por que todos sus hermanos y hermanas no lo pasasen mucho peor que si su padre hubiese muerto en la prosperidad. Sólo en este sentido se miraba como padre. En su conducta ordinaria nadie había que descubriese en él el bienhechor de sus próximos parientes. Nunca se entrometía en nada; nunca pedía que se consultase su gusto ó su parecer; y, en cambio, respetaba mucho las opiniones y hasta los caprichos de los demás. Con la omisión de dos solas palabras, puede aplicársele justamente el elogio que hizo de otro autor famoso una persona que tenía la mejor de las razones para saber que era merecido. «Es fortuna de Southey, casi sin ejemplo, poseer las mejores prendas del talento y del genio, sin ninguno de sus defectos característicos. Como hijo,

hermano, marido, padre, amo y amigo, procede de una manera ejemplar, sin la menor ostentación (1).»

Grato es pensar que la bondad de Macaulay fué pagada, hasta donde podía serlo, con gratitud y cariño. El estaba contento con la parte de felicidad doméstica que le había cabido en suerte. Mañana—dice en un lugar—los Trevelyans van á Weybridge. Siento estas separaciones, aunque sean por corto tiempo y á corta distancia; pero ¡feliz la vida cuyos infortunios son estos! De calamidades más graves y separaciones más largas se vió libre felizmente—muy felizmente, porque, como pronto se verá, no estaba en situación de soportarlas.—Ya veía él con pena que las enfermedades que sufría habían relajado la elasticidad de su temple, minado su poder de resistencia para el sufrimiento y hecho su felicidad más dependiente que nunca de la permanencia de bienes que ninguna previsión humana puede garantizar. El deseo que más frecuentemente asomaba á sus labios era no sobrevivir á los que amaba. ¡Plegue á Dios—escribe en 1.º de Enero de 1858—que, si mi querido círculo ha de mermarse este año por alguna muerte, sea por la mía! No es que esté cansado de vivir. Estoy lejos de ser insensible al placer de tener fama, posición y esta opulencia que he adqui-

(1) Este pasaje es de una carta escrita por Coleridge, que forma parte de la interesantísima colección publicada por Mr. Cottle, el librero de Bristol. La correspondencia ofrece una pintura seductora del heroísmo silencioso é inconsciente de Southey. «Creo—decía una vez, y su vida demostró cuán verdaderamente lo creía—que el deber y la felicidad son inseparables.» Ni él ni Macaulay reivindicaron lo que se llama los «privilegios del genio». En una nota al margen de las *Anécdotas literarias* de Nichols, dice mi tío. «Genio: ¿Qué tenía que ver con el genio Percival Stockdale? Pero, aun concediéndole, disculpar la inmoralidad con el genio, es disculpa bien pobre, y las nueve décimas de los que la alegan son zotes.»

rido á lo último. En su imaginación se había grabado profundamente una antigua imprecación romana que había visto tiempo hacía en una galería de inscripciones: *Ultimus suorum moriatur*. ¡Tremenda maldición!

Una vez, sólo una durante muchos años, tuvo verdadero motivo de alarma.

29 de Enero de 1855.—El golpe más rudo que he sufrido desde Enero de 1835 (1). Una esquila de Margarita diciendo que Ana tiene la escarlatina. Margarita está expuesta también. Me quedé completamente trastornado. Me suplicaban que no fuese, pero yo no pude quedarme. Las vi á las dos y me consolé mucho. Parece que está conjurada la crisis y que había pasado lo peor antes de que fuese conocida la naturaleza de la enfermedad. Pocos días después dice: «Fuí á Westbourne Terrace y vi á Margarita. Empecé á ponerme nervioso por ella ahora que su madre se ha salvado. ¡Ay, que yo me haya apegado tanto á lo que tan fácilmente puede perderse! ¡Sin embargo, no quería que las cosas hubiesen pasado de otro modo!»

Seguramente no tenía motivos para desear que hubiesen pasado de otro modo, porque gozaba de la satisfacción de ver, no sólo que su afecto era apreciado y correspondido, sino que aquellos á quienes él idolatraba no se cansaban nunca de su compañía. Su conversación, nutrida y variada siempre, y á menudo apasionada y profunda, nunca estaba fuera del alcance de su auditorio; como orador que era de naci-

(1) En Enero de 1835 fué cuando supo la muerte de su hermana menor. En Abril de 1856 escribe: «Pasé el día quemando y arreglando papeles. Algunas cosas que tropezaron mis ojos me anonadaron un momento. Margarita. ¡Ay! ¡Ay!... ¡Pensar que ha muerto hace cerca de veintidós años, y la lloro como si fuese ayer!»

miento, procuraba sin esfuerzo aparente que cada frase que pronunciaba penetrase en la inteligencia de todo el que le oía. Era admirable con los niños. Infinidad de pasajes de su Diario y correspondencia prueban lo íntimamente que los observaba, lo bien que los entendía, y cómo, despierto ó dormido, jamás se apartaban de su pensamiento. En una carta á Mr. Ellis hace mención de un sueño que tuvo acerca de su sobrina menor, un sueño «tan vivo que tengo que contarle. Vino á mí con cara contrita, y me dijo que tenía que confesar un gran pecado; que el Diario de Pepys era una falsificación, y que le había forjado ella. «¡Qué! Yo he estado citando en artículos y en mi Historia una superchería tuya como un libro de la más alta autoridad. ¿Cómo podré volver á levantar nunca la cabeza?» Desperté con el terror, sintiendo aún en mis oídos la voz suplicante de la pobre Alicia.» De vez en cuando manifiesta su deseo de tener una conversación seria, familiarmente, y «sin las formas de una lección», con alguno de los muchachos que especialmente le interesaban. Sus lecciones no eran, en verdad, ni frecuentes ni formidables. Recuerdo confusamente una vez que quiso avergonzarme por una veleidad de holgazanería, poniéndose él como un ejemplo terrible del abandono de las matemáticas. No hay que creer, sin embargo, que Macaulay contemplase y consintiese á los niños que más quería. Al contrario, tenía ideas muy estrechas de lo que debía ser su conducta, y allá, á su modo, con calma, se tomó no poco trabajo por dirigir sus inclinaciones. Le apenaba visiblemente en los muchachos toda manifestación de terquedad, de mal genio, y, sobre todo, de egoísmo. Pero rara vez necesitaba expresar verbalmente su desaprobación. Su influencia sobre